

*HÉROES Y LITURGIAS DEL PODER:  
LA CEREMONIA DE LA APOTEOSIS.  
MÉXICO, 6 DE OCTUBRE DE 1910*

Guillermo Brenes Tencio

*Los movimientos políticos y sociales [...] necesitan de igual manera sus emblemas para representarse, visualizar su propia identidad, proyectarse tanto hacia el pasado como hacia el futuro.*

Bronislaw Baczko

RESUMEN

En este artículo se describe y analiza la ceremonia en honor de los héroes mexicanos de la lucha emancipadora de septiembre de 1810, la cual fue profusa en elementos de valor simbólico y alegórico. Tal fue el caso del levantamiento de un grandioso monumento temporario a los personajes homenajeados, diseñado por el arquitecto Federico E. Mariscal. La actividad recordatoria se escenificó el 6 de octubre de 1910 y sirvió para clausurar los actos conmemorativos del Primer Centenario de la Independencia de México.

*PALABRAS CLAVE:* HÉROES \* RITUALES CÍVICOS \* MONUMENTOS \* CONSTRUCCIÓN DEL ESTADO \* MÉXICO \* PORFIRIO DÍAZ \* PODER

ABSTRACT

This paper describes and analyzes the votive ceremony honoring the Mexican heroes of the emancipatory fight of september 1810, which was profuse regarding symbolical and allegorical courage elements. In such a way that was the great building of a provisional monument dedicated to the honour of these heroic figures, designed by the architect Federico E. Mariscal. The reminder activity was realized in 1910, October 6th. It helped to close the commemorative acts of the First Centenary of the Mexico's Independence.

*KEYS WORDS:* HEROES \* CIVIC RITUALS \* MONUMENTS \* STATE-BUILDING \* MEXICO \* PORFIRIO DÍAZ

## I. INTRODUCCIÓN

La constitución del panteón de héroes fue un proceso político-social paralelo al desarrollo del Estado moderno como Estado-nación en el México independiente y republicano. Entendemos por panteón heroico la construcción simbólica que se erige sobre las hazañas efectuadas por personajes históricos excepcionales, algunas veces deificados, y que la mentalidad colectiva ha escogido para celebrar sus acciones mediante diversas actividades, sean ellas materiales o inmateriales (Navarrete y Olivier, 2000; Mínguez y Chust, 2003). Los héroes, próceres y prohombres no serán loados solo en el discurso cívico, sino también en símbolos y figuras alegóricas. De tal forma, la nación y sus héroes merecen ritos y fervor especiales de conmemoración cívica, patriótica, republicana y nacionalista en privilegiados “lugares de la memoria”. El Estado desempeñó un papel fundamental en el proceso de heroización que, a la vez, se insertaba dentro del proyecto de inventar la nación. En tanto rector de los destinos de sus gobernados, se dio a la tarea de configurar una memoria histórica homogénea que reconociera a los principales personajes y momentos del pasado, sumiendo en el olvido a todos aquellos personajes que no fueran acordes con la ideología dominante o que tuvieran un significado opuesto a sus planes (Mínguez y Chust, 2003). Siguiendo la formulación general de Bronislaw Baczko, “el ejercicio del poder, en especial del poder político, pasa por el imaginario colectivo” (1991: 16).

En el caso de México, la génesis de la idea de nación conceptualizada precisamente como una comunidad política imaginada (Anderson, 2000: 23 y ss), se adscribió a la cruenta pugna ideológica iniciada con el grito de independencia de España, conocido también como la Insurgencia, del heroico sacerdote Miguel Hidalgo y Costilla, en el memorable 16 de setiembre de 1810. Imaginada, en primer lugar, porque los miembros de ella ni se conocían ni tuvieron contacto nunca, y pese a ello, en sus mentes se instaló la idea de que pertenecían a una totalidad unitaria denominada nación mexicana. Comunidad política, en fin, porque se concebía en un marco de un territorio limitado por fronteras con otras

naciones y se consideraba un Estado autónomo y soberano. Los diversos ropajes que asumió el Estado Nacional ejemplifican el enfrentamiento entre diversas facciones conservadoras y liberales y de múltiples lealtades: étnicas y culturales, regionales y locales, de clase y clientelistas (Florescano, 2001). Durante los trescientos años de la dominación colonial española y hasta la consumación de la independencia, el 27 de setiembre de 1821, México fue un virreinato. Después de 1821, el estado mexicano fue un fugaz imperio constitucional; ulteriormente, república federal y luego centralizada, otra vez imperio, producto de la intervención francesa y la instalación del carismático archiduque Ferdinand Maximiliano de Habsburgo en el trono mexicano (1862-1867); subsiguientemente, república reformada y restaurada, bajo la presidencia de Benito Juárez (1867-1872). Y por último, dio paso a un régimen de carácter dictatorial, que se prolongó por más de treinta años (1876-1911), encabezado por la figura del general Porfirio Díaz, el *tirano honrado*, como lo llamaban los ideólogos del régimen para justificar sus reelecciones constantes (Krauze, 1997). La llamada *Pax Porfiriana* fue, por supuesto, una paz imperfecta que se basaba tanto en un temible aparato de seguridad interna como en cierto consenso popular. La continuidad del gobierno (local y nacional), y la ausencia de una guerra civil de importancia, contrastaron notoriamente con los cincuenta años posteriores a la rebelión inicial de México en contra del dominio imperial español, en los que prevaleció una larga y fratricida guerra civil, profundamente marcada por intervenciones extranjeras, lo cual impedía la anhelada unidad nacional. Por ello, el contraste que representó la casi continua ocupación de Porfirio Díaz, “*artífice de la paz*”, en la presidencia de la República Mexicana es considerable (Garner, 2003).

Al tenor del largo y caluroso debate político-ideológico de la segunda mitad del siglo XIX en torno al carácter de la Guerra de Reforma que se libró entre las armas liberales y las conservadoras (1854-1867), y con el término de la intervención francesa, considerada como la Segunda Guerra de Independencia, fueron

glorificadas las figuras heroicas de los primeros libertadores: los sacerdotes Miguel Hidalgo y Costilla y José María Morelos y Pavón, Ignacio María de Allende Unzaga, Nicolás Bravo, Mariano Matamoros y Orive, Francisco Xavier Mina, José Mariano Jiménez, Ignacio López Rayón y toda la pléthora de caudillos de la gesta revolucionaria (Florescano, 2002: 378-379). Si Miguel Hidalgo, Morelos y el resto de compañeros de la primera hora de insurrección habían cortado los lazos que ataban a México con la metrópolis, Benito Juárez y los suyos habían rematado su obra, transformándolo en un país políticamente moderno. De tal suerte, figuras —alternativamente exaltadas y satanizadas— como la del emperador Agustín de Iturbide, el dictador Antonio López de Santa-Anna y el príncipe europeo Maximiliano de Habsburgo, fueron condenadas a un limbo histórico propiciado por la facción liberal, tras su victoria contra las fuerzas del clericalismo, el colonialismo y el conservadurismo. Deliberadamente, los liberales llevaron la guerra contra los caudillos conservadores al terreno simbólico de la historia política mexicana.

La historiografía de la triunfante república restaurada ubicó el origen de la nación mexicana en el grito inicial de independencia contra España en 1810, e Hidalgo se convirtió en el *Pater Patriae* y en el inmaculado precipitador de los ideales liberales y de la Reforma (Hale, 1999: 20-29). De hecho, los liberales pensaban que México no podía fundarse ni en las antiguas raíces mesoamericanas ni en los siglos oscuros del virreinato. Además, la alabanza exclusiva de los insurgentes como los realizadores de la Independencia pasó por alto la consumación. Ni una sola palabra de Agustín de Iturbide. «Nosotros —decía Ignacio Ramírez en el discurso septembrino del 16 de setiembre de 1861— venimos del pueblo de Dolores, descendemos de Hidalgo y nacimos luchando como nuestro padre por todos los símbolos de la emancipación, y como él, luchando por tan santa causa desapareceremos de sobre la tierra». El grito de Dolores inauguró el ceremonial cívico de la nación y se convirtió en el mito fundacional de la patria mexicana (Herrejón, 2003: 378 y Moya, 2000: 441) (Figura 1).



FIGURA 1. El padre de la independencia mexicana: don Miguel Hidalgo y Costilla, (1753-1811).

Independencia, Reforma y presente porfiriano de “Orden y Progreso” formaron una misma secuencia, un bloque histórico anclado en los grandes momentos que habían definido el derrotero del Estado-Nación mexicano en el convulso siglo XIX. Este proceso fue descrito magistralmente por Justo Sierra Méndez en su voluminosa obra, más propagandística que histórica, *Evolución política del pueblo mexicano*, publicada en 1900.

Sin contradicciones mayúsculas, el Estado liberal porfiriano —de fines del siglo XIX y primeras décadas del XX— fue el encargado de venerar a los héroes insurgentes de 1810, en particular al cura Hidalgo, suerte de numen tutelar y divinidad, en los altares patrios, provisto de múltiples medios simbólicos y culturales, que sirvieron para interpelar a las masas populares y fortalecer el proyecto nacional oficial. Ellos pueden ser: los rituales recurrentes del día de

la Independencia (el «Grito»), el juramento a la bandera, las «Historias Patrias» redactadas con mucha erudición positivista por Vicente Riva Palacio, Justo Sierra y Andrés Molina Enríquez, los libros de texto para escolares, la pintura de historia y la edición de estampas con el martirologio de los luchadores por la Independencia; la emisión de medallas, las fotografías en los periódicos, las procesiones cívicas, los discursos, cantos y loas. Gracias a estas estrategias, se constituyó la esencia de lo que Justo Sierra llamaría —acertadamente— la «*Religión de la Patria*». No es, por supuesto, un fenómeno privativo de México, sino de todo el proceso de construcción de los Estados-nación en América Latina.

Una de las expresiones más vigorosas de esa nueva religión política y simbólico-ideológica que el nacionalismo porfiriano propaló, fue la importancia concedida a la estatuaría conmemorativa. Los parques, paseos y plazuelas eran espacios públicos, esto es, cívicos y, por consiguiente, ahí debían estar las efigies de

los héroes de la patria agradecida. El acicalado Paseo de la Reforma se convirtió en una suerte de gran vía sacra, un *temenos* laico, un gran espacio conmemorativo ordenado por los que se consideraban los principales sucesos de la historia mexicana. Las fechas escogidas para inaugurar la mayoría de los monumentos y estatuas tenían un peso simbólico específico, al corresponder a fiestas nacionales connotadas en el calendario oficial que fue conformándose a lo largo del siglo XIX (Zárata, 2001: 13). No es casual que el 21 de agosto de 1887 (día que presuntamente tuvo lugar el tormento del indomable último tlatoani de México-Tenochtitlan), el presidente Porfirio Díaz inaugurara la estatua en bronce de Cuauhtémoc (obra del escultor Miguel Noreña), sacralizado como el símbolo fundamental de la resistencia azteca ante la invasión española. Este monumento se levantó, justamente, en el Paseo de la Reforma, cátedra abierta de la interpretación oficial de la historia mexicana (Tenorio, 2000: 31) (Figura 2).



FIGURA 2. El símbolo de la resistencia azteca ante la conquista española: monumento a Cuauhtémoc, develizado el 21 de agosto de 1887, en el paseo de la reforma.

Dos estatuas adicionales de los guerreros aztecas Ahuizotl e Itzcóatl (conocidos como los "Indios Verdes") fueron erigidas a cada lado de la entrada a la Calzada de la Reforma en 1891. Entre 1889 y 1900, treinta y seis esculturas dedicadas, la mayoría, a los próceres de la Insurgencia, la Reforma y la Segunda Independencia, fueron colocadas en los flancos del Paseo. Cada uno de los veintinueve estados y territorios en que se dividía la República Mexicana fue invitado a inmortalizar a dos de sus hijos "que se hubieran distinguido entre sus conciudadanos por actos en beneficio de la comunidad, ya fuera en las armas, en la ciencia, en las bellas artes, en las letras o por su obra humanitaria" y, de este modo, a compartir también el costo del proyecto (Zárate, 2001: 7). Figuras como Fray Servando Teresa de Mier, Ignacio Ramírez "El Nigromante", Guadalupe Victoria, Carlos María de Bustamante, Ignacio López Rayón, Miguel Lerdo de Tejada, Leonardo Bravo, Hermenegildo Galeana, Francisco Primo, Andrés Quintana Roo, Francisco Zarco, Julián Villagrán, Nicolás García de San Vicente y José Mariano Jiménez recibían un homenaje diferenciado, con estatua propia en el Paseo de la Reforma. El 21 de marzo de 1906 se comenzó la construcción del gran Hemiciclo a Benito Juárez —convertido con el tiempo y en la conciencia liberal en el héroe epónimo de la Reforma y Benemérito de la Nación— en un costado de la Alameda, sobre la avenida que lleva su nombre. Aún más, en el tantas veces planeado y postergado Monumento a la Independencia (obra de Antonio Rivas Mercado, con esculturas en mármol de Carrara talladas por Enrique Alciati), inaugurado el 16 de setiembre de 1910, nada menos que en una de las grandes glorietas del circuito del Paseo Monumental de la Reforma, en el conjunto escultórico dedicado a los héroes de la primera época de la insurgencia, destaca la venerable figura del anciano de Dolores, don Miguel Hidalgo y Costilla. A los pies de Hidalgo se encuentra, por un lado, una estatua que representa a la Historia, en actitud reposada y noble, consignando en un libro las hazañas, el sacrificio y la gloria de los héroes; y del otro lado, la Patria ofreciéndole un laurel, que el insigne patricio rehúsa. Ciertamente, era de esperarse, que la promoción del inmortal cura párroco de Dolores como héroe tutelar y

como *Pater Patriae*, se viera complementada con el acervo monumental de la capital mexicana (Figura 3).



FIGURA 3. La imaginaria de la nación: Columna de la Independencia, inaugurada el 16 de setiembre de 1910 en el Paseo Monumental de la Reforma.

El presente artículo se dedica a estudiar un momento político particular en el marco de los festejos del Centenario de la Independencia de México. Nos referimos al día de la ceremonia de Apoteosis a los Héroes de la Independencia y la inauguración de un monumento votivo a los inmortales que "*dieron patria a los mexicanos*", que por encargo del presidente Porfirio Díaz, el arquitecto Federico Mariscal construyó en el patio central del Palacio Nacional. Este acto tenía como fin contribuir a la invención de una tradición que reivindicaba el culto a los héroes de la primera hora de la Insurgencia (1810). No fue otro el simbolismo que debió guardar el ritual cívico tutelado por las autoridades capitalinas. La elite porfiriana acompañó al general Díaz en este acto conmemorativo como si fuese la sociedad mexicana entera la que lo hiciese. Debe de advertirse que la celebración se llevó a cabo el 6 de octubre de 1910 y no en setiembre, fecha en que, justamente, su significación habría sido más fuerte.

## II. SOBRE HÉROES, SÍMBOLOS, ESTADO Y NACIÓN EN MÉXICO

El proyecto político del Estado designa, a la vez, las ideas —valores e ideologías— y las realidades objetivas —prácticas sociales e instituciones— en constante interacción, por medio de las cuales se configura el lazo social y la integración nacional entendida como proceso (Tonello, 1998: 18). Una vez instalado con olor a perpetuidad en el solio presidencial, el general don Porfirio Díaz Mori se dio a la tarea de crear un régimen fuerte, centralizado y moderno en torno a su propia persona. Este anhelo implicaba la represión de las oposiciones, mantener una red leal de caciques y caudillos, la importancia de los clanes militar y científico en el poder; y además, “civilizar” y convertir a campesinos, artesanos, jornaleros y otros trabajadores en “mexicanos”, gentilicio con el que se llamó a la diversidad de grupos e individuos que componía la población, incluso a los más olvidados (Florescano, 2002: 373). Para lograrlo, los liberales positivistas («Científicos») del Estado porfiriano se dieron a la tarea de conformar una “nación de ciudadanos” en México. Por un lado, una idea de nación que buscase su arraigo en lo nacional, en cómo hacer de un México —étnica y socialmente fragmentado— más que una expresión geográfica. Y, por otro, viendo como Jano hacia el futuro, con apoyo en el pasado inmediato; buscando en ese pasado las fuerzas internas que permitieran “fabricar patria” y “fabricar Estado”, con el fin de borrar las divisiones locales, regionales y étnicas, promoviendo así la homogeneidad que el Estado, la clase política y la consolidación económica de la nación y la inserción al mercado mundial requerían. De acuerdo con Guerra (1995), la afirmación del Estado y sus aparatos apéndice (policía secreta, ejército, justicia, sistema educativo, entre otros) fueron una obra prioritaria de Díaz y de la *intelligentsia* positivista del régimen (*Ibid*: 275-305).

Con el fin de inculcar una lealtad afectiva hacia la nación y de forjar patria, el régimen liberal de Díaz (re)creó y (re)elaboró representaciones colectivas, tradiciones e imaginarios en los que los diversos grupos sociales podían encontrar —simultáneamente— una identidad, tanto colectiva como secular. Dentro de

este marco, la oficialización de nuevos días de fiestas patrias, la remodelación de la ciudad de México en torno del eje moderno del Paseo de la Reforma, las ceremonias civiles y cívicas, la estatuaria en piedra y metal, y el culto personalizado a los héroes nacionales, permitieron afirmar —al menos momentáneamente— el poder y la imagen positivista (y positiva) que los grupos políticos e intelectuales liberales (quienes trabajaban de cerca con el Estado) deseaban proyectar, en el ámbito interno y externo. En el fondo, esta era una forma de consolidar y darle legitimidad a un orden político ya existente. Al respecto, el historiador Paul Garner expresa:

Al construir la nación, el régimen de Díaz no solo se involucró en numerosos proyectos de trabajos cívicos y públicos, sino también en escribir la historia de la “patria” mediante la creación de monumentos nacionales, así como la invención de la ceremonia cívica y el ritual patriótico (Garner, 2003: 133).

La premisa fundamental del discurso nacionalista de las elites políticas en el Porfiriato era hartamente sencilla: México, como nación independiente, había nacido en 1810; a partir de esa fecha se había iniciado una marcha evolutiva constante hacia 1910. La pompa ceremonial de las fiestas del Primer Centenario de la Independencia que ensalzaban en la figura del general Díaz la memoria oficial, los vistosos desfiles alegóricos y procesiones cívicas, la inauguración de monumentos en bronce, mármol y granito que reflejaban las glorias y el poder de la nación, la misma actitud maniquea de veneración por los héroes (Hidalgo, Allende, Morelos, Aldama, Abasolo, Juárez y otros) y de repudio por los antihéroes (Agustín de Iturbide, Antonio López de Santa Anna y Maximiliano de Habsburgo), todo ello contribuía a develar la complejidad, y en último término, la verdad de la historia del siglo XIX mexicano. El día de la independencia adquirió un relieve excepcional porque, en 1895, la camarilla del régimen vinculó la efeméride con la celebración anual del cumpleaños del General Díaz. A partir de entonces, don Porfirio —enfundado en su uniforme de gala y con el pecho tachonado de

condecoraciones— estaba obligado a recibir en Palacio a una larga fila de admiradores, desde la tarde del 15 de setiembre hasta que daba el “grito” a las once de la noche en punto, recordando así el pronunciamiento de libertad que dio el padre Miguel Hidalgo desde su iglesia parroquial de Dolores en 1810. De esta forma, en la estructura simbólica del ritual conmemorativo mexicano, se levantó un puente entre la exaltación heroica de Hidalgo, la vida personal de Díaz y el destino del Estado-nación (Garner, 2003: 135 y Moya, 2001: 62).

El culto a los héroes —uno de los rasgos más constantes del nacionalismo de la segunda mitad del siglo XIX y los primeros años del siglo XX— es parte del proceso de «invención de las tradiciones». Según el historiador británico Eric J. Hobsbawm, la invención de tradiciones supone tres tipos básicos de procesos: aquellos que simbolizan la cohesión social o la pertenencia a comunidades reales o artificiales; los que legitiman las instituciones y relaciones de autoridad y los que contribuyen a la socialización y el inculcamiento de creencias, sistemas de valores y comportamientos convencionales. “Inventar tradiciones” es esencialmente, un proceso de formalización y ritualización, que se caracteriza por la adaptación de viejas costumbres, tradiciones e imaginarios a nuevas condiciones y propósitos. Por medio de ese proceso se transmiten ciertos valores y normas de comportamiento por repetición impuesta, que automáticamente implican continuidad con el pasado (Hobsbawm y Ranger, 2002: 16).

Las figuras de los héroes nacionales se convirtieron en la mejor representación que un pueblo tiene de sí mismo, al tiempo que lo invitan a emular sus —usualmente fatales— ejemplos. Personajes que al sobresalir en grandes epopeyas fueron estereotipados y canonizados, atribuyéndoles una serie de rasgos particulares de valor y heroísmo (Navarrete y Olivier, 2000; Mínguez y Chust, 2003). Son los manes de la patria a quienes se elevan súplicas y se los invoca como la divinidad. Héroes, en suma, de los que el Estado se apropia para nacionalizarlos, ponerlos como un ejemplo que seguir, integradores unívocos de todos los ciudadanos de ese Estado. En el caso particular de México, a los antiguos símbolos protopatrióticos o pre-estatales

(Quetzalcóatl, Netzahualcóyotl, Motecuhzoma, Cuauhtémoc, y la Virgen de Guadalupe), se agregaron los héroes exaltados “desde arriba” por el Estado porfiriano y su aparato institucional (el Cura Hidalgo y los héroes de la primera insurgencia, Melchor Ocampo, Benito Juárez, Ignacio Zaragoza y las figuras más emblemáticas del panteón cívico). A estos los vinculaba un rasgo común: habían luchado y, en la mayoría de los casos, ofrendado sus vidas, combatiendo ignominiosas amenazas externas por parte de españoles, estadounidenses y franceses. La imagen más radiante de este desfile heroico era la de la nación mexicana, simbolizada en la figura de una bella mujer mestiza vestida con gorro frigio y túnica republicana, triunfal y con características típicamente europeas, derivadas del neoclasicismo (Florescano, 2002: 38).

El interés por mantener viva la imagen, los martirios y hazañas de aquellos personajes en el imaginario colectivo, se reflejó también en la celebración de los ritos sagrados de la nación en torno de monumentos públicos donde se depositan ofrendas ceremoniales. Así, el Estado porfiriano recurrió a la personificación de la “*comunidad en anonimato*” en símbolos, imágenes y rituales multimediáticos que remitieran a los recién concebidos ciudadanos mexicanos a un remoto pasado colectivo, que “solo tenía sentido en la medida que convergía en el siglo XIX y prefiguraba el triunfo liberal” (Krauze, 1997: 37). Lo anterior evidencia la importancia de la ingeniería social y el valor de la estatuaría y el ceremonial público, como fuerzas generadoras en una sociedad en la que la fragmentación política y social actuó como una fuerza disgregadora; razón por la cual se volvió imperiosa la necesidad del sistema y régimen porfiriano de promover un “*nacionalismo oficial*”, invocando las gestas de Hidalgo y los caudillos de conspiración y armas que lo siguieron. La reconstrucción del pasado en la versión porfiriana llevaba a los mexicanos a encontrarse de frente con su propia historia en su versión depurada, y ya cuando el partido conservador no era una amenaza.

El aspecto simbólico está presente en el ceremonial sacralizado del Estado-Nación. La liturgia de la conmemoración —entendida como un ritual instituido— las procesiones

cívicas y los desfiles patrióticos con sus himnos, estandartes y banderas, pueden catalogarse como procedimientos culturales que promueven y difunden la idea de nación, en tanto comunidad imaginada e imaginaria. Lo que nos enseña la ritualización de las conmemoraciones es que en estas se tejen formas elementales de sociabilidad en una comunidad, dado que el espectáculo y la cultura política que promueven, encierran formas tanto de persuasión como de coerción. De persuasión, cuando en la pompa de las ceremonias cívicas se crean espacios de unanimidad alrededor de símbolos, emblemas e imágenes de representación estatal. Y, de coerción, en tanto que las conmemoraciones masivas permiten la puesta en escena de los imaginarios del poder (González, 1998: 8). En suma, el despliegue de ceremonias, rituales conmemorativos y de héroes patrios se convirtió en la escenificación del *“buen orden cívico”*, y su correcta lectura intelectual, moral y emocional convirtió a los asistentes (espectadores) en buenos ciudadanos. El control de los rituales por parte de los estados modernos es, por ende, una de las principales necesidades de este poder cuando los institucionaliza.

### III. LA APOTEOSIS A LOS HÉROES DE LA INDEPENDENCIA MEXICANA

Para 1910, México había institucionalizado todo un conjunto de ritos ceremoniales y su lenguaje simbólico. En efecto, en la noche del 6 de octubre de 1910, se efectuó en el patio principal del Palacio Nacional de la Ciudad de México, una *“emotiva y brillante ceremonia”* que no solo sirvió para clausurar con magnificencia y elaborada liturgia las fiestas del Centenario de la Independencia, sino también para reconciliarse —simbólicamente— con los vilipendiados héroes de la insurrección de 1810, cuyos huesos reposaban en una cripta del Altar de los Reyes de la Catedral Metropolitana, desde el 17 de setiembre de 1823, en espera de una suerte de mausoleo de dimensiones gigantescas que algunos imaginaron destinado a panteón nacional (figura 4). La reconstrucción didáctica del pasado centrada tanto en el levantamiento de monumentos perennes y de utilería, como en actos recordatorios de gestas o personajes que alentaban el sentimiento patriótico, fue una tarea del Estado porfiriano en busca de su autolegitimación. Tales iniciativas estuvieron

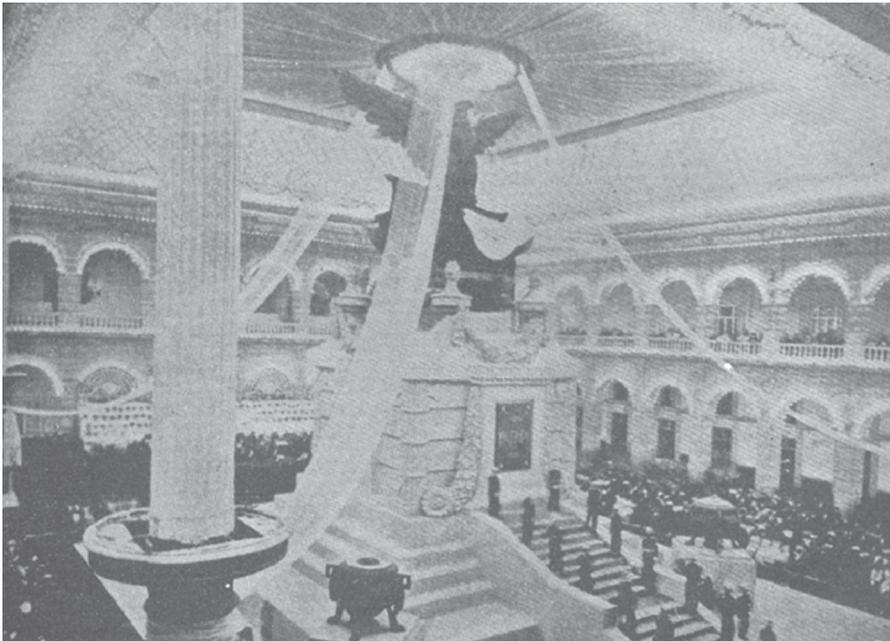


FIGURA 4. El culto a los héroes patrios. Vista del patio central del Palacio Nacional de la Ciudad de México, durante la ceremonia de Apoteosis a los caudillos insurgentes de 1810.

orientadas, preferentemente, al culto cívico y en una dimensión republicana.

Honar los despojos y pertenencias sagradas de los héroes-mártires es una tarea fundamental para inculcar la conciencia nacional y de la ofrenda máxima de su vida ante el altar de la patria. La Apoteosis, originaria de la mitología de la Antigüedad clásica, consistía en la posibilidad que tenían los mortales más egregios de entrar a formar parte del “Olimpo” histórico y adquirir así el pasaporte a la inmortalidad. Dentro de una estructura jerárquica, la Apoteosis fue una ceremonia cívica de carácter oficial y elitista, de allí la presencia de don Porfirio Díaz y las esferas civiles, militares y eclesiásticas de la nación. La puesta en escena fue imponente y la concurrencia muy numerosa. El palacio de gobierno federal fue embanderado y bellamente iluminado para la ocasión, y los conspicuos y cultos invitados —los representantes de las colonias extranjeras y las familias más distinguidas de la elite porfiriana— estaban sorprendidos de la magnificencia (García, 1911). La Apoteosis se inició —según lo estipulaba el estricto protocolo oficial— a las ocho de la noche. Las tribunas, los corredores y las galerías de la Presidencia se vieron colmadas por más de diez mil personas, todas vestidas de gala, y escoltadas por una guardia de honor (*Ibid*, 1911: 176). En el mundillo de las representaciones sociales, el ritual cívico estuvo reservado a las más altas autoridades de la nación y del distrito federal, y se excluyó a los sectores populares. Rara vez, la memoria oficial opera con justicia en la recordación del pasado.

Las liturgias porfirianas exigían la existencia material de “altares de la patria”. No es fortuito, pues, que un cenotafio, de inspiración académica, construido con materiales perecederos por el joven arquitecto Federico Ernesto Mariscal, se levantara en el centro del recinto. Allí, precisamente, se colocaron los restos y las cenizas de los héroes insurgentes de 1810:

El monumento [...] estaba formado por un gran basamento con escalera frontal, el cuerpo cuadrangular del propio monumento y un catafalco superior en el cual fueron depositadas, provisionalmente, las cenizas de varios de los héroes

de la independencia. Sobre el frente se colocó una inscripción que decía Patria 1810-1910 y a los lados la lista de los héroes. En las esquinas del basamento, y en los ángulos de la plataforma inferior, se colocaron cuatro grandes incensarios para dar volumen a la composición. El cuerpo del monumento estaba decorado en las esquinas con cuatro haces de cañas y hachas pretoriales y coronado por ocho remates flameros votivos; unas enormes guirnaldas de hojas enlazaban los remates y caían a los lados de la placa conmemorativa terminando en una descomunal flor [...]. En la parte superior, un águila imperial coronaba el monumento, que sobresalía sobre la azotea del Palacio Nacional [...]. El monumento fue totalmente construido con madera, hierro, tela y cartón pintado (Noelle y Schavelzon, 1986: 162).

Ciertamente, haber depositado los restos mortales de Hidalgo y los próceres de la primera insurgencia, realzó el significado del monumento de construcción efímera, convirtiéndolo en una “presencia activa” en el acontecimiento.

Los actos conmemorativos empezaron con la llegada del señor Presidente y su esposa, doña Carmen Romero Rubio de Díaz, e invitados especiales, quienes —según testigos contemporáneos— no se molestaron en disimular su satisfacción. Como parte de la ceremonia oficial, la orquesta y los cuatrocientos integrantes del selecto coro del Conservatorio de la Ciudad de México entonaron las vibrantes notas del Himno Nacional, la “Marcha Heroica” de Camille Saint Saëns, y, luego, en una electrizante culminación, la Marcha Fúnebre del “Crepúsculo de los Dioses”, de Richard Wagner. Los emblemas patrios como la bandera y el himno nacionales, la representación del Presidente, el espacio participativo de los funcionarios estatales y el argumento discursivo, tipifican la puesta en escena como una fiesta de carácter republicano. Según ha señalado Baczko (1991: 15), pese a la pretensión de racionalidad de que estaban impregnados, los Estados modernos no pudieron evitar la utilización subliminal de emblemas y signos simbólicos como ceremoniales públicos,

banderas, himnos, monumentos y otros. Los Estados son los que hacen las naciones, no los pueblos, y son los imaginarios oficiales los que mejor muestran estos procesos de construcción nacional.

El primer orador en la tribuna cívica fue el Secretario de Relaciones Exteriores, Enrique C. Creel (1911:3), quien hizo un “*brillante panegírico*” a los héroes del pasado. Decía vívidamente que la patria mexicana:

... alza hoy en este recinto un templo; en ese templo, altares, y vertiendo en ellas flores y quemando ante ellos perfumes, glorifica y enaltece á sus redentores y entona en su honor himnos triunfales. El hombre será indigno de su grandeza y la humanidad no merecedora de los inmensos bienes de que disfruta, si no se mostraran gratos á todo cuanto los colma de bendiciones, lo mismo al astro que alumbra su cielo, que á la flor que perfuma sus campos, y lo mismo al fruto que los nutre, que al techo que los cobija y á la mano providente que los protege.

Creel enfatizó en la idea de reverenciar a los héroes patrios, a los que había que

... rendir culto y [...] tributar; ante sus imágenes revividas en la memoria del pueblo mexicano y palpitantes en su corazón, como ante sagrados íconos, doblamos la rodilla; y puestas en lo alto de nuestras aspiraciones y elevadas como hostias nuestras almas, entonamos el hosanna triunfal glorificador de nuestros héroes y de nuestros mártires. (*Ibidem*:5)

Más adelante, Creel exaltaba la figura de Díaz y su régimen, transformando un día de remembranza en propaganda para el proyecto estatal:

El tiempo había de llegar en que una nueva redención se iniciara y se consumara para el pueblo mexicano. Era fuerza realizar una nueva epopeya, una odisea de la paz y del trabajo; y al Ulises de esa nueva epopeya no necesito nombrarlo.

Venciendo obstáculos al parecer insuperables; luchando contra rancias preocupaciones y añejos errores; haciendo frente á los hombres, tanto como á las cosas y á las ideas, emprendió, y la logró, la regeneración del país. Gracias á él y á la trascendencia de su obra, reinan la paz y la prosperidad; la Nación Mexicana disfruta de alto crédito y es objeto de las atenciones y agasajos de todos los pueblos civilizados; gracias á él, hemos podido solemnizar nuestro Centenario y esta magna apoteosis con incomparable magnificencia, entre el aplauso y las cordiales manifestaciones de simpatía de todas las Naciones del orbe y en medio de las aclamaciones de un pueblo libre, próspero, culto y feliz. Así considerada, esta solemnidad se agiganta. (*Ídem*: 6)

La aceptación oficial de la presencia de la Iglesia Católica en las fiestas del Centenario patrio se reconocía con la asistencia del controvertido sacerdote e historiador Agustín Rivera y San Román, quien hizo la oración cívica en la que se exaltó y glorificó “a los padres de [la] libertad con la magia y soberanía de su palabra” (García, 1911:139).

Al finalizar las piezas oratorias, el Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, Justo Sierra, leyó un largo y *hermoso poema épico*. La interpretación de Sierra sintetizó —con retórico entusiasmo verbal— lo que significaba el monumento efímero y toda la apoteosis a los héroes libertadores. En palabras del máximo ideólogo del orden porfiriano:

Que el sol del Centenario ilumine el camino de la falange heroica que vencerá al destino fecundando la tierra y domoñando al mar. ¡Voz del apoteosis, que brotas de la historia, lleva hasta nuestros padres, como un canto de gloria, la vibración inmensa del alma popular! (Sierra, 1911: 23).

Como acontecimiento culminante del rito supremo conmemorativo, el presidente Porfirio Díaz, guardado por una escolta militar, subió al primer escalón del monumento

—convertido en altar de la patria—, donde depositó una corona de laurel sobre la lápida en que estaba inscrita la palabra PATRIA. De este acto, la pluma del cronista oficial Genaro García (1911:178) refiere que

... en aquel momento, el salón [del Palacio Nacional] tenía verdaderamente el aspecto de un templo cívico en el que el jefe de Estado celebraba el rito de la gratitud popular.

Por último, el anciano caudillo —canonizado simbólicamente como *divinidad rectora de la patria*— manifestó lo siguiente:

En este acto, al que han acudido los Representantes de las Naciones Extranjeras, que nos traen el saludo de los pueblos amigos, en nombre de la Patria vengo á ofrecer á Hidalgo y sus dignos colaboradores esta corona, que simboliza la gratitud de un pueblo hacia sus héroes (García, 1911: 180).

Una aclamación estruendosa “ratificó el homenaje que la Nación rendía, encarnada en el más conspicuo de sus representantes” (*Ibid.*).

Se trató así de un claro ejemplo de tradiciones inventadas, ya que estas suponen la elaboración de ritos y símbolos —de verdaderas narraciones— que contribuyen a la explicación de la realidad y juegan un papel determinante en el comportamiento de los actores sociales. El monumento de arquitectura efímera y los actos relativos a la apoteosis de los Héroes de la Independencia no fue un hecho aislado, sino el final de una larga serie de eventos conexos con las conmemoraciones septembrinas, en las que el régimen de Díaz hizo un buen intento de promover una *religión cívica*, que incluyó la producción masiva de material ceremonial (fiestas, ritos y rituales) y de imponentes monumentos y grupos escultóricos: desde la Columna de la Independencia coronada por un ángel colosal en bronce dorado, el Ángel de la Independencia (una representación alada de la Victoria que sujeta con la mano derecha una corona de laurel y con la izquierda una cadena rota); hasta el Hemiciclo, de estilo griego, al benemérito de la Patria

Benito Juárez (obra de Guillermo Heredia y del escultor Lazaroni), en el parque llamado *La Alameda*, en el cual un Juárez sedente está acompañado de las alegorías femeninas de la Libertad y la Victoria (Benjamin, 2003: 163-164).

A diferencia de tales monumentos de componentes imperecederos, el catafalco a los “*mártires redentores*” —que consumaron el movimiento independentista— fue desmantelado luego del ceremonial cívico, dado su carácter temporal. Y, tras la parafernalia conmemorativa, los restos de los primeros insurgentes se guardaron por largos años más en el templo de mayor jerarquía de la nación, hasta que encontraron —un último y honroso asilo— en una bóveda construida en el interior de la Columna de la Independencia en 1925.

#### IV. EPÍLOGO

El historiador Paul Garner plantea en un trabajo biográfico reciente (2003), que la exaltación porfiriana de la figura heroica de Miguel Hidalgo tenía una clara intencionalidad política e ideológica. Las fiestas del Primer Centenario de la Independencia de México y la Apoteosis a los héroes de 1810 tuvieron por objetivo celebrar con inusitada fastuosidad y grandilocuencia a la patria y al régimen de Porfirio Díaz, quien se representó a sí mismo como “adalid de la paz”, “Padre de todos los mexicanos”, y como la fuente indiscutida (e indiscutible) de legitimidad y autoridad políticas (figura 5). En una maniobra política clave, don Porfirio había ascendido al panteón heroico mexicano en medio de alabanzas, discursos patrióticos, grados honorarios y la celebración anual de su onomástico en el ritual cívico oficial (15 de setiembre) y compartía la gloria con los héroes liberales que habían contribuido a la creación de la patria. No en balde, a principios del siglo XX, era un lugar común en México alabar a las tres grandes divinidades rectoras del panteón nacional y sus contribuciones personales a la evolución del país: a Hidalgo por la independencia; a Juárez por la libertad y a Porfirio Díaz por la paz civil y la regeneración social (Tenorio, 1998: 106).



FIGURA 5. El patriarca de la nación mexicana: general Porfirio Díaz (1876-1880 y 1884-1911).

Por lo tanto, la apoteosis de Díaz —instalado en el poder a lo largo de más de tres décadas— gozó de la deferencia del Estado y de la cúspide de la pirámide social, en la medida en que los intelectuales e ideólogos orgánicos del régimen lograron insertarlo en el olimpo de los héroes fundadores de la República (Hidalgo, Morelos y Juárez) e identificarlo con el destino de la nación independiente. Un orador de la tribuna cívica septembrina, el licenciado Agustín Verdugo, sostendría en 1879, que Porfirio Díaz merecía ser llamado “segundo Hidalgo” por su participación en la lucha contra la intervención francesa (Ramírez, 2003: 140). Al promocionarse “desde arriba” el culto laico a Hidalgo, convertido en el indiscutible “Padre de la Patria” desde la década de 1870, se hermanaba simbólicamente con Porfirio Díaz, el ícono viviente más representado en el México finisecular. El retrato de don Porfirio —cuya fisonomía presentaba un austero, pero benigno, gesto patriarcal— se multiplicó en lienzos, tarjetas postales, carteles, calendarios, bustos escultóricos y en fotografías para todos los gustos. La imagen de Díaz, en sus distintas versiones, fundaba un nuevo culto al héroe (Tenorio, 1998: 52). Significativamente, Díaz se negó a permitir que se erigiera cualquier monumento o estatua personal. Contemplar su figura vaciada en el bronce para su gloria personal fue

uno de los pocos privilegios que Díaz no gozó. Pero, ¿importaba? Los monumentos propios del régimen no eran alegóricos sino utilitarios: puentes, obras portuarias, vías férreas y, en especial, edificios públicos queregonaban la riqueza y el poder del México porfiriano. Lo que no fue óbice para que, en 1900, el arquitecto italiano Adamo Boari dibujara los planos de un suntuoso monumento a Porfirio Díaz, en el que se amalgamaban “elementos de la arquitectura indígena, en forma piramidal, con otros clasicistas”; lograba así “un pedestal adornado con guirnaldas, musas, paños y aún con nopales y magueyes”, y rematado por la estatua ecuestre del general y presidente. El ambicioso proyecto de Boari nunca llegó a realizarse y quedó tan solo en el papel (Zárate, 2001: 11). ¿Auguraría esta suspensión el derrumbe del régimen?

Mucho antes del término de su presidencia, don Porfirio Díaz había dicho que:

... el pueblo mexicano con vigoroso empuje y con lúcido criterio ha pasado de la anarquía á la paz, de la miseria á la riqueza, del desprestigio al crédito y de un aislamiento internacional [...] á la más amplia y cordial amistad con toda la humanidad civilizada [...]. Para obra de un siglo, nadie conceptuará que eso es poco (Citado en Krauze, 1997: 48).

Sin embargo, el presidente Díaz no tenía razón del todo. Aunque el aparato estatal porfiriano había propiciado la “*paz y el orden, el progreso y el bienestar*”, coartó la voluntad y las libertades públicas de sus gobernados, los cuales resistieron los cambios modernizadores impuestos por el grupo dominante. El sacrificio de las libertades públicas y el uso antojadizo de los preceptos constitucionales eran el «justo precio» pagado por un programa de orden y progreso nacional y científico que solo pretendía ubicar a México en el «concierto de las naciones» cultas y civilizadas (Tenorio, 1998).

“*El pueblo está preparado para la democracia*”, proclamó Díaz al periodista estadounidense Mr. James Creelman en una famosa entrevista que se publicó en marzo de 1908, pero eso fue solo el preámbulo de un escandaloso fraude electoral en 1910.

Justamente, cuando las provincias y la capital mexicanas se recuperaban de la euforia y el entusiasmo patriótico que envolvieron las conmemoraciones de sus cien años de vida independiente, estalló una revolución que terminó de tajo con la carrera de heroicidad del llamado “buen dictador”, el “hombre necesario” o el “hombre providencial”. El régimen, que había estado orgulloso de su omnipotencia y que aseguraba representar el triunfo de la paz política y el término definitivo de la anarquía en el otrora “México bárbaro”, resultó ser sorprendentemente frágil y quebradizo. Bajo los acordes de la revolución mexicana, incontenible y sangrienta, Porfirio Díaz abandonó forzosamente el poder en el verano de 1911, con el canto de cisne del orden que había sentado varios lustros atrás<sup>1</sup>.

## BIBLIOGRAFÍA

### DOCUMENTOS PRIMARIOS

Creel, Enrique, *Discursos pronunciados en la Apoteosis de los Héroes de la Independencia* (México, Secretaría de Estado, 1911).

García, Genaro, *La Crónica del Primer Centenario de la Independencia de México* (México, Talleres del Museo Nacional, 1911). Reimpresión de la edición facsimilar. Grupo Condumex SA de CV, 1990.

### 1 Agradecimientos:

Quisiera hacer patente mi más profundo agradecimiento a la Dra. Verónica Zárate Toscano (Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México), por sus valiosos comentarios, el estímulo y materiales brindados. Debo un especial reconocimiento al profesor Fernando Murillo Chavarría por la acuciosa corrección filológica y de estilo que hizo del manuscrito. También quisiera agradecer al dictaminador anónimo de la *Revista de Ciencias Sociales*, cuyos comentarios llevaron a que el presente trabajo sea notablemente mejor de lo que era la versión original. Desde luego, soy el único responsable por los errores.

Sierra, Justo, *Discursos pronunciados en la Apoteosis de los Héroes de la Independencia* (México, Secretaría de Estado, 1911).

### LIBROS, REVISTAS Y PONENCIAS

Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo* (Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000).

Annino, Antonio y François-Xavier Guerra, eds., *La invención de la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*. (México, Fondo de Cultura Económica, 2003).

Baczko, Bronislaw, *Los imaginarios sociales: memoria y esperanzas colectivas* (Buenos Aires, Editorial Nueva Visión, 1991).

Benjamin, Thomas, *La Revolución Mexicana: memoria, mito e historia* (México, Taurus, 2003).

Beezley, William y David Lorey, eds., *¡Viva México! ¡Viva la independencia! Celebrations of september 16* ( Delaware, Wilmington, Scholarly Resources, 2001).

Chartier, Roger, *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación* (Barcelona, Gedisa, 1995).

Elias, Norbert, *El proceso civilizatorio* (México, Fondo de Cultura Económica, 1994).

Escalante Gonzalbo, Fernando, *et al., Nueva historia mínima de México* (México, El Colegio de México, 2004).

Falcón, Romana y Raymond Buve, eds., *Don Porfirio Presidente... Nunca Omnipotente. Hallazgos, reflexiones y debates. 1876-1911* (México, Universidad Iberoamericana, 1998).

Florescano Mayet, Enrique, coord., *Espejo mexicano* (México, Fondo de Cultura Económica, 2002).

- \_\_\_\_\_, *Etnia, Estado y Nación. Ensayo sobre las identidades colectivas en México* (México, Taurus, 2001).
- \_\_\_\_\_, *Historia de las historias de la nación mexicana* (México, Taurus, 2002).
- Garner, Paul, *Porfirio Díaz: del héroe al dictador. Una biografía política* (México, Editorial Planeta Mexicana, 2003).
- Garrido Asperó, María José, "Cada quien sus héroes". En: *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, nro. 22, México, (julio-diciembre 2001), pp. 5-22.
- González y González, Luis, *Todo es historia* (México, Cal y Arena, 1997).
- González Pérez, Marcos, *et al., Fiesta y nación en Colombia* (Santafé de Bogotá, Editorial Magisterio, 1998).
- Guerra, François-Xavier, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, 2 vols. (México, Fondo de Cultura Económica, 1995).
- Hale, Charles, *El liberalismo mexicano en la época de Mora, 1821-1853* (México, Siglo XXI Editores, 1999).
- \_\_\_\_\_, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX* (México, Fondo de Cultura Económica, 2002).
- Herrejón Peredo, Carlos, *Del sermón al discurso cívico. México, 1760-1834* (México: El Colegio de Michoacán-El Colegio de México, 2003).
- Hobsbawn, Eric y Terence Ranger, *La invención de la tradición* (Barcelona, Crítica, 2002).
- Hobsbawn, Eric, *Naciones y nacionalismo desde 1780* (Barcelona, Crítica, 2000).
- Knight, Alan, "Pueblo, política y nación, siglos XIX y XX". En: *Revista de Historia*, nro. 34, San José, (julio-diciembre 1996), pp. 45-79.
- Krauze, Enrique, *Siglo de caudillos. Biografía política de México 1810-1910* (México, Tusquets Editores, 1997).
- Lempérière, Annick, "Los dos Centenarios de la Independencia Mexicana (1910-1921): de la historia patria a la antropología cultural". En: *Historia Mexicana*, vol. XLV, nro. 2, México, (octubre-diciembre 1995), pp. 317-352.
- Mínguez Cornelles, Víctor y Manuel Chust, eds., *La construcción del héroe en España y México, 1789-1847* (Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2003).
- Moya Gutiérrez, Arnaldo, "El panteón heroico mexicano durante el Porfiriato: de Miguel Hidalgo a Porfirio Díaz. 1810-1910". En: *Fin de siglo XIX e identidad nacional en México y Centroamérica* (Alajuela, Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2000), pp. 437-467.
- \_\_\_\_\_, "Los festejos cívicos septembrinos durante el Porfiriato, 1877-1910". En: Agostoni, Claudia y Elisa Speckman, eds., *La Ciudad de México en el cambio de siglo XIX-XX* (México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001), pp. 49-75.
- Navarrete, Federico y Guilhem Olivier, coords., *El héroe entre el mito y la historia* (México, Universidad Nacional Autónoma de México-Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 2000).
- Noelle, Louise y Daniel Schavelzon, "Monumento efímero a los Héroes de la Independencia (1910)". En: *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, nro. 55, México (1987), pp. 161-169.
- Ortiz Monasterio, José, *México eternamente. Vicente Riva Palacio ante la escritura de la historia*. (México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-Fondo de Cultura Económica, 2004).

- Pérez Vejo, Tomás, *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas* (Oviedo, Ediciones Nobel, 1999).
- Ramírez, Fausto, "México a través de los siglos (1881-1910): la pintura de historia durante el Porfiriato". En: *Los pinceles de la historia: la fabricación del Estado, 1864-1910* (México, Museo Nacional de Arte-INBA-IIE-UNAM, 2003), pp. 110-149.
- Schnapper, Dominique, *La comunidad de los ciudadanos. Acerca de la idea moderna de nación* (Madrid, Alianza Editorial, 2001).
- Smith, Anthony, "Conmemorando a los muertos, inspirando a los vivos. Mapas, recuerdos y moralejas en la recreación de las identidades nacionales". En: *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 60, nro. 1, México (enero-marzo, 1998), pp. 61-80.
- Tenorio Trillo, Mauricio, *Artifugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*. (México, Fondo de Cultura Económica, 1998).
- \_\_\_\_\_, *De cómo ignorar* (México, Fondo de Cultura Económica, 2000).
- Tonello, María Eugenia, "El lugar del imaginario en las teorías del nacionalismo. Una aproximación". En: *Esquemas de un mundo en cambio* (Tucumán, Egeo Ediciones, 1998), pp. 11-29.
- Villegas Moreno, Gloria, *México: liberalismo y modernidad, 1876-1917* (México, Fomento Cultural Banamex, 2003).
- Villena Fiengo, Sergio, "La imaginación mediática de la nación". En: *Reflexiones*, vol. 81, nro. 2, San José, (2002), pp. 21-32.
- Zárate Toscano, Verónica, "El lenguaje de la memoria a través de los monumentos históricos en la Ciudad de México (Siglo XIX)". Seminario: *Cultures et sociétés de l'Amérique coloniale XVI<sup>e</sup>-XX<sup>e</sup> siècles*. EHESS. París, 28 de febrero de 2001.
- \_\_\_\_\_, "El papel de la escultura conmemorativa en el proceso de construcción nacional y su reflejo en la Ciudad de México en el siglo XIX". En: *Historia Mexicana*, vol. LIII, nro. 2, México, (octubre-diciembre 2003).
- \_\_\_\_\_, "El Paseo de la Reforma como eje monumental". *Coloquio Internacional: La Ciudad de México, historia y prospectiva*. Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora. México, 7-9 de noviembre de 2001.
- \_\_\_\_\_, "Las conmemoraciones septembrinas en la Ciudad de México y su entorno en el siglo XIX". En: *Política, casas y fiestas en el entorno urbano del Distrito Federal. Siglos XVIII-XIX* (México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2003), pp. 129-196.

